

MEDITACIÓN 21
PARA NUESTROS ESTUDIANTES

EN UNA HORA INDESEABLE

GRACIAS

**CUANDO NO DAN GANAS
DE DAR GRACIAS**



P. JUAN JAIME ESCOBAR VALENCIA, SCH. P.



Queridos muchachos, queridas niñas, los extraño un montón. Cada vez que doy una vuelta por el colegio veo tristemente todo en su sitio: el pasto podado, los jardines florecidos, la fuente de la Virgen manando agua, los salones limpios y en orden, las banderas ondeando, las canchas limpias...; sí, todo en su sitio, todo, menos ustedes. Ustedes no están. Y faltando ustedes, falta el alma, falta el corazón, falta la razón de ser de todo eso otro que está en su sitio.

Hace ya demasiados días que a ustedes los recluyeron en sus casas con dos disculpas, la de protegerlos y la de que era posible que fueran contagiadores de la pandemia que estamos viviendo. No dudo en las buenas intenciones de lo primero, pero lo segundo es cada vez más puesto en duda por expertos mundiales. A medida que pasan los días y que se prolonga más y más el confinamiento de los niños y adolescentes, hay más inquietudes sobre si todo esto que los han puesto a padecer y sufrir realmente se justifica.

Creo que ustedes han sido dignos de admiración. En medio de la indisciplina social de muchos, de la informalidad e incluso de la rebeldía de algunos, los niños y los adolescentes han estado ahí en sus casas, asistiendo a clases virtuales, adaptándose a las herramientas y plataformas online, haciendo el esfuerzo por poner la mejor cara ante las peores circunstancias, sobrellevando el alejamiento de familiares, amigos y compañeros, renunciando al picadito de fútbol o de baloncesto, llenando el tiempo con pantallas, salvando amistades por Whatsapp y viendo pasar los días mientras les aplazan una y otra vez la fecha del día del regreso.

Comprendo que el paso del tiempo les ha ido haciendo mella a algunos. Me imagino que no es lo mismo la actitud del primer día de clases virtuales, a la actitud de "otra vez clases virtuales" después de un mes, o mes y medio, o más aún si siguen cambiando los plazos. De la tranquilidad se puede pasar a la zozobra, de la ilusión a la preocupación, de la sencilla alegría de la niñez o la juventud a la tristeza de la monotonía y la rutina, de los sueños del principio a los miedos de semanas después, de sentirse con fuerzas y ánimos a tener dolorosos bajones e incluso tocar fondo sin demasiadas ganas de levantarse. No les extraño, mis niños y niñas, eso nos pasa a todos. Nada más difícil en la vida que soportar momentos de dificultad, nada más desafiante que tener que vivir esas horas que uno por nada del mundo desearía tener que vivir. Cierto que cuando todo pase, hasta diremos que aprendimos mucho, que nos volvimos más fuertes, que cambiamos para

mejor; pero eso será después, porque, por ahora, mientras dure esta hora indeseable, cada día es un reto que a veces luce superior a nuestras fuerzas.

Por eso, hoy quiero acompañarlos con una sencilla reflexión, la de vivir dando gracias. El otro día una columnista del periódico El Tiempo se burlaba del Presidente porque todos los días comenzaba su programa dando gracias a Dios. Decía ella de manera sarcástica que “¿dar gracias de qué?”. Obviamente ante sus ojos críticos con todo esto de la pandemia, los contagiados, los muertos, las UCIs, la economía emproblemada, los empleos perdidos, el confinamiento, el pico de la enfermedad que no llega, no hay ninguna razón para dar gracias. A lo mejor, algunos de ustedes, viendo como van las cosas y tal vez sufriendo realidades personales en sus propios hogares, han llegado a pensar lo mismo que ella. Y, sin embargo, yo quiero invitarlo a vivir dando gracias, sobre todo en este momento en que tal vez no dan ganas de dar gracias. Dar gracias, mis niños y niñas, les puede salvar la vida.

Hay dos maneras de mirar la realidad: la queja o el agradecimiento.

La realidad siempre es la misma, es simplemente la realidad. En verdad, la realidad no es ni infortunio ni fortuna. La realidad es sólo la realidad y verla como algo fantástico o terrible depende de nuestra mirada y no de la realidad misma. Hay una parábola oriental que habla de un granjero chino que, en medio de su humildad y su pobreza no juzga la realidad, sino que la recibe tal y como es:



Un granjero chino vivía en una pequeña y pobre aldea. Sus vecinos le consideraban afortunado porque tenía un caballo con el que podía arar su campo. Un día el caballo se escapó a las montañas. Al enterarse los vecinos acudieron a consolar al granjero por su pérdida. “¡Qué mala suerte!”, le decían. El granjero les respondía: “¿Mala suerte, buena suerte?, ¡quién sabe!”.

Unos días más tarde el caballo regresó trayendo consigo una manada de hermosos caballos salvajes. Los vecinos fueron a casa del granjero, esta

vez a felicitarle por su buena suerte. “¿Buena suerte, mala suerte?, ¡quién sabe!”, contestó el granjero.

El hijo del granjero intentó domar a uno de los caballos salvajes, pero se cayó y se rompió una pierna. Otra vez, los vecinos se lamentaban de la mala suerte del granjero y otra vez el anciano granjero les contestó: “¿Mala suerte, buena suerte?, ¡quién sabe!”.

Días más tarde aparecieron en el pueblo los oficiales de reclutamiento para llevarse a los jóvenes al ejército. El hijo del granjero fue rechazado por tener la pierna rota. Los aldeanos, ¡cómo no!, comentaban la buena suerte del granjero y ¡cómo no!, el granjero les dijo: “¿Buena suerte, mala suerte?, ¡quién sabe!”.»

La realidad es la realidad; lo aterradora que sea o lo preciosa que sea, depende de cómo la miremos. Ella no tiene en sí la fortuna o el infortunio, la buena suerte o la mala suerte. La realidad simplemente sucede y está en nosotros verla como un milagro o como una perdición.

La mirada de la queja es la mirada llena de negatividad y pesimismo, es la que siempre encuentra una razón para lamentarse y enojarse o entristecerse. La queja halla un defecto en todo, encuentra siempre una crítica por hacer, tiene la capacidad de maximizar los peros y minimizar lo valioso. La queja tiene la habilidad de centrarse en los defectos propios y en los de los demás, incluso en los de las personas más amadas. La queja no disfruta del todo un paseo —pudo ser mejor—, ni una fiesta —algo debió haber estado mal—, ni una comida —tal vez mucha sal o quizá poca sal—. Siempre ese tono gris que desvaloriza los esfuerzos y sobrevalora las limitaciones. La queja es miope para ver la bondad de un intento generoso y brillante para señalar acusadoramente eso que salió mal o que, a su juicio, podría haber sido mejor. La queja disfruta indignándose, considerando que se le trata siempre con injusticia, creyendo que si algo le dan —que siempre es menos de lo que tendría que ser— es porque se lo deben. La queja envía correos a todos los destinatarios posibles para enterarlos de sus molestias y reclamos y lamentos que considera químicamente puros. La queja disfruta derramando bilis en las redes sociales, indisponiendo a unos contra otros, afectando la honra de personas e instituciones sin ninguna consideración, pues para la queja, sólo ella tiene que ser tomada en cuenta. La queja no calcula las palabras que usa, ni los juicios que

hace, ni el poder destructivo de sus observaciones. La queja se considera con el derecho inalienable de gritar, vociferar, insultar, manotear y, si es necesario, amenazar, todo con tal de imponer su percepción quejosa del mundo. Como la realidad es tan injusta con ella, la queja se queja y no deja de quejarse y de queja en queja, y de tanto quejarse, convierte la realidad en tragedia y la tragedia en catástrofe. Decía recientemente el Papa Francisco:



Ahí está el pesimismo. Aquí la letanía diaria es: “Todo está mal, la sociedad, la política, la Iglesia...”. El pesimista arremete contra el mundo entero, pero permanece apático y piensa mientras tanto: “¿de qué sirve darse a los demás? Es inútil”. De esa manera, en el gran esfuerzo que supone comenzar de nuevo, qué dañino es el pesimismo, ver todo negro y repetir que nada volverá a ser como antes. Cuando se piensa así, lo que seguramente no regresa es la esperanza.»

La mirada del agradecimiento es la mirada de la alegría y de la esperanza, es la que siempre encuentra una razón para seguir creyendo, la que halla luz en la oscuridad, oportunidad en la dificultad, aprendizaje en el fracaso, consuelo en la pena y gozo en las lágrimas. El agradecimiento valora el esfuerzo, pondera el intento, aprecia las cualidades y los talentos, pone de relieve la bondad y coloca en sus justas proporciones los defectos, limitaciones o errores. El agradecimiento descubre la Verdad, la Belleza y la Bondad esenciales que habitan en el interior de sí mismo, en todas las personas y en toda la creación. El agradecimiento valora la propia vida, aprecia la vida de los otros, mira con asombro y admiración las maravillas del cosmos del cual hacemos parte. El agradecimiento disfruta con lo pequeño tanto como con lo grande, valora los detalles sencillos y le basta una sonrisa, una escucha, una presencia, una tierna caricia, la simple certeza de saber que el amor está ahí. El agradecimiento goza con el paseo del día lluvioso, con la fiesta imperfecta, con la comida humilde, con la poesía coja, con la canción destemplada, con las pecas del rostro, con los ruidos que hace el niño al dormir. El agradecimiento bendice y valora lo recibido por poco que sea, porque para el agradecimiento aún lo poco parece mucho. El agradecimiento es dulce y paciente, respetuoso y elegante, digno y noble, enamorado de la vida porque la ve preciosa,

afectuoso con todos porque los sabe hijos de Dios, admirado del esplendor de todo lo que existe, porque para el agradecimiento todo es un milagro. El agradecimiento agradece y de gratitud en gratitud sana su corazón, sana a quienes le rodean y sana el mundo, porque quien es capaz de mirarlo todo dando gracias, transforma la realidad en maravilla y la maravilla en milagros de Dios.

Por eso, aunque alguien pretenda burlarse de ustedes, no hagan caso, vivan cada día dando gracias, dando gracias a Dios. No se dejen amargar el alma, no dejen que las penas y las dificultades los lleven al fondo. Levántense valientes y poderosos sobre los escombros de un momento indeseable que les ha tocado vivir y conviertan lo terrible en maravilla dando gracias. Den gracias por cada día que despunta, por el sol del amanecer, por el agua fresca cayendo sobre sus cuerpos cansados, por el alimento que llevan a sus bocas, por la clase que en unos minutos comenzará. Den gracias por tener vida, por tener un nombre, por tener familia por sencilla o imperfecta que ésta sea. Den gracias por los ojos con que ven, por los oídos con que oyen, por poder respirar, por tener manos para agarrar y piernas para caminar, por despertar en la mañana y por dormir en la noche, por el latir del corazón y el pensar de sus mentes. Den gracias por sus maestros que se esfuerzan para llevarlos al conocimiento a pesar de las dificultades de hoy, por los compañeros y compañeras que extrañan, por los amigos y amigas que quieren, por saber que ustedes tienen almas hermosas capaces de amar. Den gracias porque contra toda oscuridad hay luz, porque contra toda tristeza vence la alegría, porque contra toda pena prevalece la esperanza y porque, desde que el más humilde murió en una cruz y resucitó, contra toda muerte hay vida y contra todo final hay infinito, hay Eternidad. En todo caso, mis niños y niñas, vivan dando gracias y verán que el mundo no sólo es mejor, sino maravilloso.



*Existen dos formas de ver la vida:
una es creer que no existen los milagros,
la otra es creer que todo es un milagro».*

(Albert Einstein)

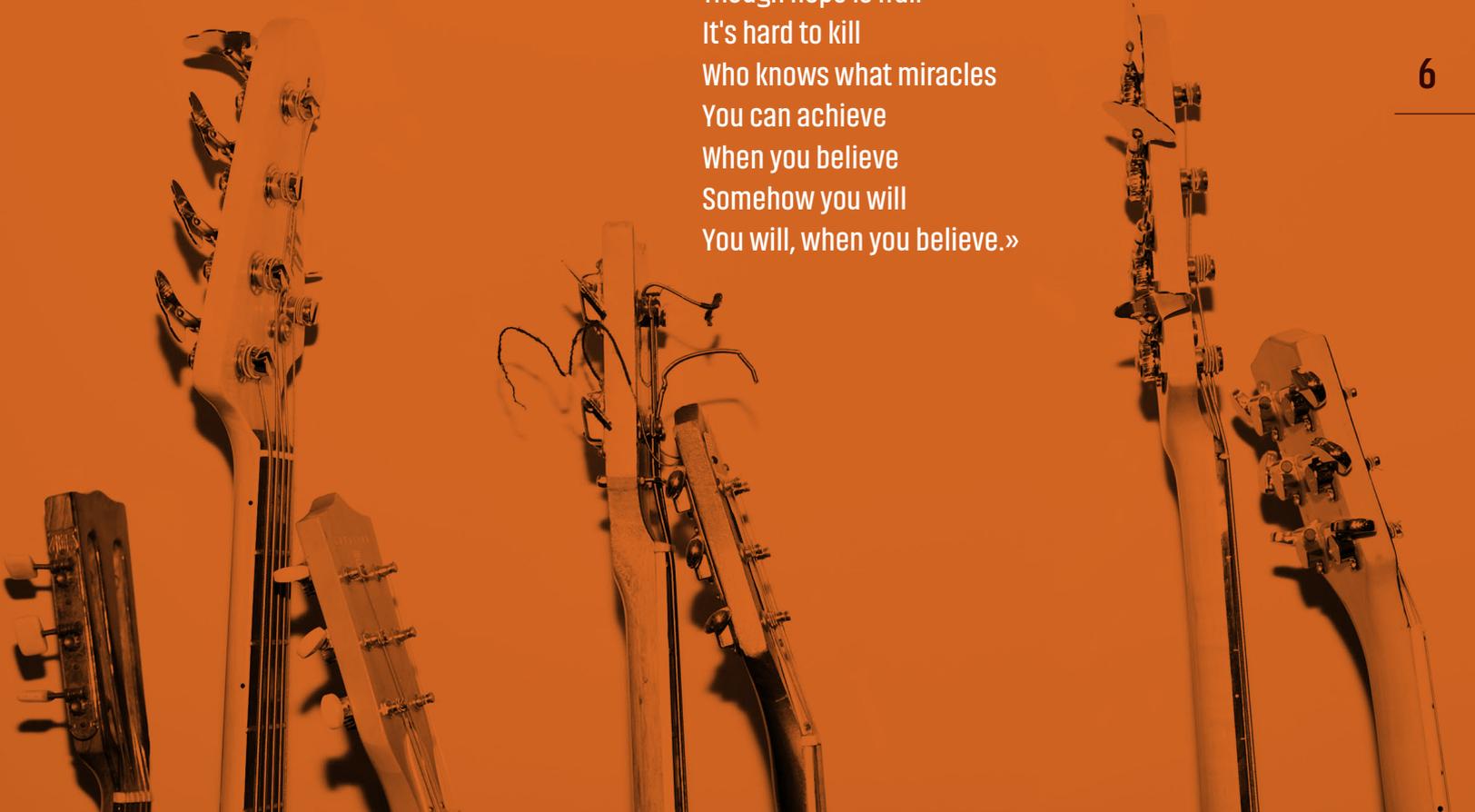
WHEN YOU BELIEVE

(Stephen Schwartz)



«Many night's we've prayed
With no proof anyone could hear
In our hearts a hopeful song
We barely understood,
Now we are not afraid
Although we know there's much to fear
We were moving mountains
long before we knew we could

There can be miracles
When you believe
Though hope is frail
It's hard to kill
Who knows what miracles
You can achieve
When you believe
Somehow you will
You will, when you believe.»



CUANDO TIENES FE

Durante muchas noches hemos orado
sin tener la certeza de que alguien nos escuche.
En nuestros corazones hay una canción de esperanza
que apenas podemos entender.
Ahora ya no tenemos miedo.
Aunque sepamos que hay mucho que temer,
estamos moviendo montañas,
más allá de lo que creíamos poder hacerlo.

Puede haber milagros
cuando tienes fe.
Aunque la esperanza sea frágil,
es difícil de matar.
Quién sabe cuantos milagros
puedes lograr,
cuando tienes fe.
De alguna manera los harás,
si tienes fe.



®

Orden Religiosa de las Escuelas Pías

ESCOLAPIOS NAZARET

"Educación en Piedad y Letras"